

Para el cultísimo y entusiasta hispanofilo Agus-  
tín Barave

---

Museo llaman a Toledo los que pretenden con un solo nombre caracterizar a la ciudad; pero la alabanza queda corta en mi modo de sentir. Los museos, por hermosos que sean, no tienen personalidad, ni valor propio; conjunto de cosas artísticas pero heterogeneas, en estas vive la belleza y no en el edificio que las guarda. Museo y nada mas que museo es la vieja corte de los godos si os limitais a estudiarla en las guias arqueológicas y en los prontuarios para el viajero, ¿donde encontrar, efectivamente mayor número de bellezas artísticas de todas las épocas, de todos los órdenes y de todos los generos?

Mas si con esta idea en el magin, y barajando nombres en nuestra memoria, llegais a Toledo ansioso de ver este cuadro, aquella verja, estotra portada o la torre de mas alla, comprendereis a poco, que tales ~~aisladas~~ aisladas bellezas son lo de menos ante la impresion completa y absolutamente hermosa del conjunto, no en los arcos de Minerva desparra-  
mados, es Minerva, ella misma, surgiendo viva,

palpitante, armada de todas armas de la cabeza de Júpiter.

En aquellas esquinas y placitas adorables, recorriendo aquellas callejuelas que parecen reptar y cambiar de postura a la continua, hasta el extremo de que las recorris cien veces y siempre os parecen otras, asistís a la resurrección de una ciudad en el ser y estado que le dieran las viejas edades.

Cuando por el barrio de la Judería os encuentran un juicio y os dicen: "Mire usted, aquí según la tradición, vive todavía el marqués de Villena, metido en la redoma"; pensáis que la redoma es mucho más grande, que encierra en sus senos toda la ciudad, y que gracias a aquel encierro, que por ser transparente no lo parece, Toledo vive como en otro tiempo, sin que el hierro de las modernas construcciones haya agujereado sus piedras conyugadas, ni tendido sus tramos metálicos sobre los arruinados muros de los puentes romanos sobre el Fajo.

Una impresión como de volver a vivir siglos atrás, producen las calles y encrucijadas de Toledo, las rejas grandiosas de labor prismática;

Las puertas, cuyos herrajes artísticos chillan a nuestro paso, las cruces de tabla que extienden sus brazos por los larguissimos techos de los conventos y los propios muros de las casas, estrechando la calle mas y mas, se acercan unas a otras evocando historias pasadas de andante caballero.

El sentimentalismo de Becquer, que hoy parece demorado romantico y triston, nos invade en Toledo de pies a cabeza, los cerros de Zorilla arden a nuestros labios, y por movimiento maguonal cuando oimos pasos, que mucha fantasia cree dados por sendos zapatos de fierro con el acicate en el talon echamos el sombrero sobre la oreja y afiancamos el baston en la cintura, levantando la capa alla detras, mientras juntamos la nariz con el embozo.

Guadalajara, marzo de 1919  
Francisco J. de Gamonedo